



DIRECTORA: ANGELA GRASSI DE CUENCA.

N.º 32.—Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes.

26 AGOSTO 1879.

Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXIX.

SUMARIO.—Explicación de los grabados, por Joaquina Balmaseda.—Delantal-blusa para niña.—Delantal para niña guarnecido de puntillas.—Vestido escotado para niña.—Cuerpo de peto guarnecido de encajes para señora.—Tnaguas de moda.—Vestido para campo.—Vestido con túnica paniers.—Vestido floreado con falda lisa plegada.—Gola, cuello y puño de encaje.—Gola y corbata de encaje.—Corsé-andadores para niño.—Sombrero de paja para señora.—Sombrero de junco.—Edredon bordado en cañamazo Java.—Galones y cenefas para mantelerías.—Diferentes cubiertas para sillón.—Antimasacar para sofá.—

Cubierta de almohadon de encaje irlandés.—Puntillas de crochet y trencilla.—Pantalla de chimenea bordada en oro.—Entredoses de tul.—Fleco anudado de dos colores.—Album bordado.—LITERATURA: Galicia ha muerto, por el Dr. Lopez de la Vega.—A la temprana muerte de la Infanta de España D.ª Maria del Pilar, poesia, por Mariana Barzanallana y Moreno.—Un capricho, por Aurora Perez Abela.—Correspondencia.—Explicación del figurin 1.373.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Y 2. DELANTAL-BLUSA PARA NIÑA.

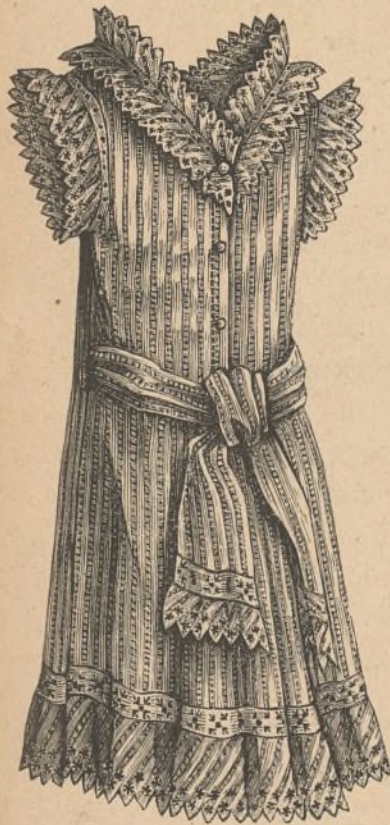
(Patron: en el pliego por el derecho, núm. II, figuras 4 á 8.)

Este patron, que da por resultado un delantal-vestido, puede hacerse en nanzouk, percal, tela cruda, y el adorno con puntillas y galones bordados á la cruz; el echarpe ó cinturón sale de las costuras del costado; el núm. 2 presenta la colocación del adorno por delante.

3 Á 5. GALONES Y CENEFAS BORDADAS Á LA CRUZ.

Estas cenefas sirven para mantelerías, toallas, ropa blanca de diario, y se borndan con algodón de color, poniendo debajo cañamazo, cuyos hilos se sacan luego, y haciendo el tan conocido punto de lomillo, que despues de sacar los hilos del cañamazo, quedan flojos imitando felpa.

El núm. 3 muestra cómo remata un feston que se ejecuta con una puntada de feston en el borde y otra de cadeneta dentro de ésta.

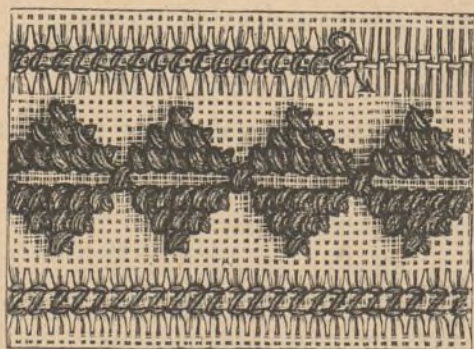


1. Delantal-blusa para niña. (Véase el núm. 2.) (Patron: pliego del 18 por el derecho, núm. II, figs. 4 á 6.)

entretela y forro bastillado á cuadros, y un plegado de seda al rededor, del color del cachemir, con una cenefa de cañamazo Java, bordada con seda de Argel oliva, cereza y azul clara por el dibujo núm. 6; el calado se obtiene sacando hilos, que se cruzan con una seda de color, y el ángulo se borda por el que presenta en pequeño el núm. 7.

8 Á 17. CUBIERTAS Ó VELETES PARA SILLONES.

Los núms. 8 á 11 comprenden una cubierta para sillón largo ó mecedora y se borda en color, recordando los bordados slavos que tanto se copian hoy en ropa blanca y gruesa. Está hecho en cañamazo esta-



4. Cenefa para mantelerías.

meña con algodón azul y encarnado ó seda de los mismos tonos.

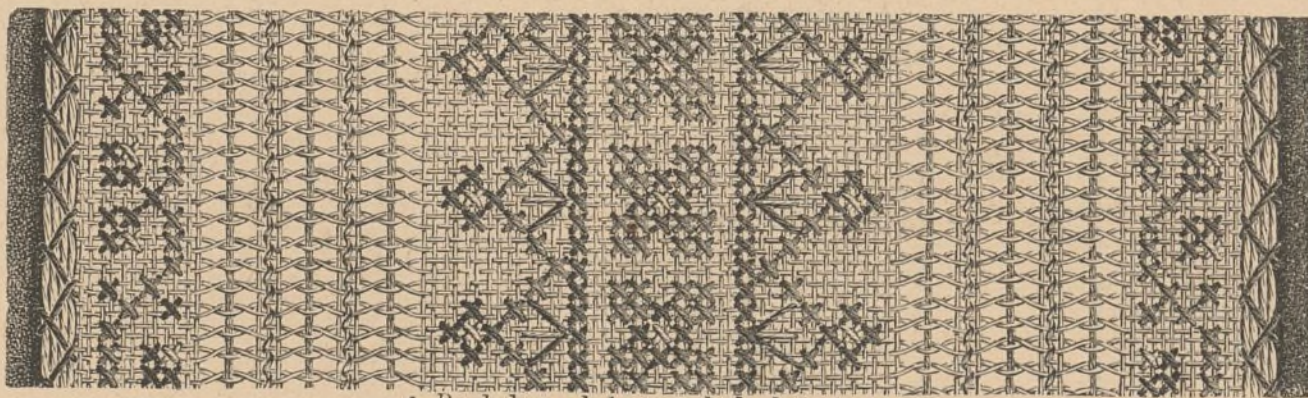
El núm. 11 presenta la cenefa de tamaño natural, hecha sin revés ni derecho. El 10 los ramos sueltos; y el 9 el fleco anudado de la misma tela.

Los núms. 12 á 16 son un modelo para el mismo objeto, copiado de los pañuelos y delantales que usan las aldeanas de la Sicilia; está hecho en diferentes puntos, todos sin revés ni derecho, y en tela más ó menos fina, blanca ó cruda. Una puntilla de hilo ó de encaje irlandés grueso la completa.

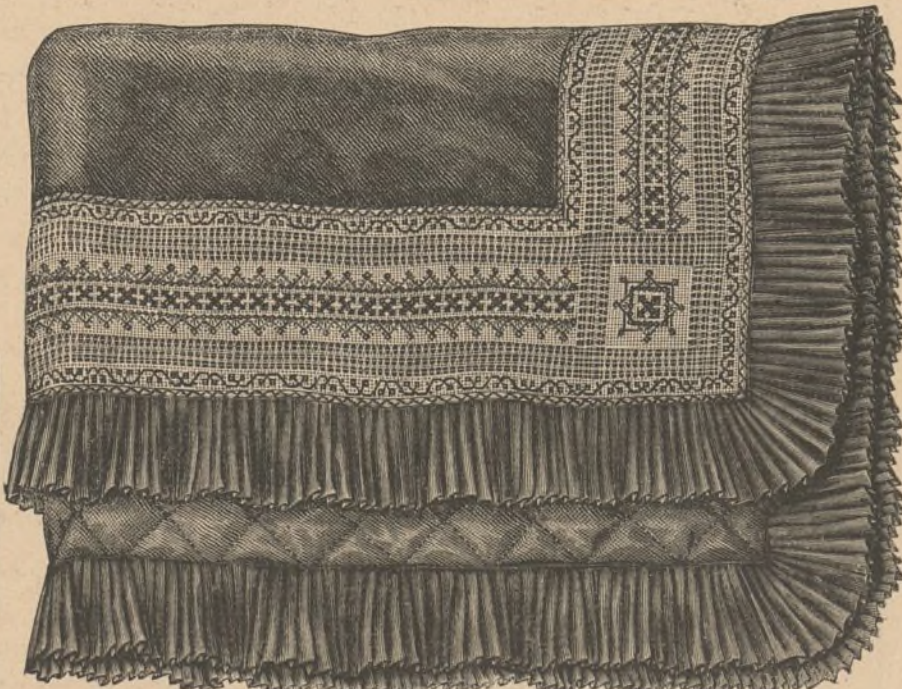
El núm. 17 es un antimacasar ó velete de divan bordado á punto de cruz ó tapicería sobre un fondo de cañamazo-lona en dos cuadrilongos unidos por un entredoso de hilo igual á la puntilla que guarnece todo el velete. El dibujo es un escudo de armas con alegorías heráldicas á los lados, que encontrarán nuestras lectoras en números y pliegos anteriores de EL CORREO.



3. Galon bordado para mantelerías.



6. Bordado y calado para el edredon núm. 7.



7. Edredon bordado en cañamazo Java.

19. VESTIDO ESCOTADO PARA NIÑA.

Es de forma princesa por delante, alternando grupos de pliegues y entredoses, cosidos en la parte del cuerpo y sólo planchados en la falda; la esbelda plegada se completa con una falda de 14 cents. de largo por 77 de vuelo, fruncida y pegada al cuerpo bajo; el echarpe es de 17 cents. de ancho por 200 de largo. Guarniciones bordadas en todos los bordes.

20 Y 21. CUELLO Y PUÑO DE ENCAJE.

El grabado indica claramente á nuestras lectoras que la doble gola de encaje breton y muselina van montadas á una tira al hilo lo mismo que en el puño, que monta una punta redonda sobre la otra; un lazo en el mismo gusto cierra el cuello.



2. Delantero del núm. 1. para cu- (Patron: pliego del 18 por el derecho, núm. II, figs. 4 á 6.)

22. GOLA Y CORBATA.

Un rizado de crespon liso rodea el escote, y un encaje plegado y un rizado de crespon forman conchas muy dobles con lazadas entre los plegados que bajan en corbata.

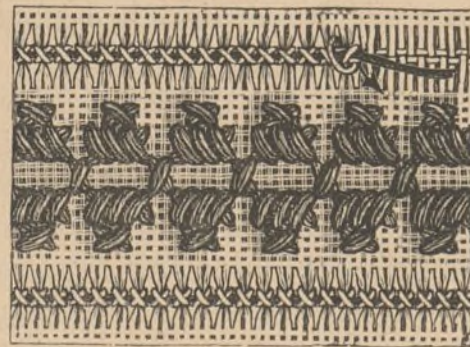
23. CUBIERTA DE ENCAJE INGLÉS.

(Dibujo: en el pliego del 18 por el derecho, fig. 20.) El cuadro que presenta este grabado sirve para cubrir almohadon, y tres veces repetido para cortinas ó cubiertas de edredon. Bórdase con cintas de color crudo y del mismo color, y no muy fino el hilo del calado.

24 Y 25. ENAGUAS REDONDAS.

(Patron: en el pliego del 18 por el revés, núms. XVI y XVII, figs. 57 y 58.)

El núm. 24 muestra una enagua con cintura redonda, y la figura 58 da el croquis completo, indicando la forma y adorno de esta enagua de piqué, ceñida ménos en la parte inferior por detras donde lleva un paño plegado, cerrando por arriba con ojales y botones;



5. Cenefa para mantelerías.

una tira bordada y un encaje de hilo completan esta enagua.

La núm. 25 es una enagua de color, en satin azul claro ó gris con cenefa de raso del mismo color cortada á picos por las dos orillas, ribeteados, y pegada con pespuntos del otro color citado, que se continúan en todo el largo de la falda haciendo rayas: un bordado blanco va pegado por dentro al borde, y la cintura de aldeta cierra con botones ademas de pasar una cinta por entre sus dos telas.

27 Á 30. PUNTELLAS.

Las dos primeras á crochet con trencilla de picos en medio, como fundamento para empezarlas; la núm. 27 es de dos colores, y despues de hecha se bastilla con algodón de color y á puntada menuda la trencilla misma; la núm. 28 va hecha toda en blanco, terminándole por arriba un entredos de crochet.

Los núms. 29 y 30 se recomiendan principalmente por estar hechas á lo ancho, y su dibujo aparece tan claro en el modelo, que no necesita explicacion alguna.

31. PANTALLA DE CHIMENEA.

(Bordado en oro y punto de cruz.)

Aunque no podemos dar los detalles de esta labor, la presentamos en conjunto para dar á nuestras lectoras una muestra de tan rico objeto, que puede servir para regalo de boda: lleva en el centro un escudo con iniciales bordado en oro, y á punto de cruz con seda argelina las cenefas, todo sobre fondo blanco ó gris claro. La montura es de madera dorada.

32 Y 33. ENTREDOSSES.

Ambos son de tul bordado con hilo al zurcido y calados, destinándose á cofias, fichús y vestidos de verano.

34. FLECO ANUDADO DE DOS COLORES (MACRAMÉ).

Materiales: Hilos de cañamazo crudo, lana encarnada, azul y oliva, cordon de algodón para el pié, y sobre él se comienza con cabos de 60 cents. de largo.

Añadiendo algunas hebras de color al fleco que se dió en el mes de Enero, el efecto será excelente para cortinajes, portieres ó banquetas. Los cabos de cañamazo deshilado se emplean triples y los de lana dobles, alternando unos con otros como muestra el modelo; el largo de los cabos dará lo suficiente para los tres órdenes de nudos terminando en las mismas borlas, que cuenta cada una veinte cabos.

35 Y 36. SOMBREROS.

El núm. 35 muestra un sombrero de paja fina con plegado de encaje breton al rededor de la copa, broche de metal en el centro de la concha que forma el encaje y pluma blanca.

El núm. 36 es de junco y tiene como adorno un bies de muselina con encaje plegado tambien á los dos bordes, y colocado luégo en la forma que indica el grabado. Plegado de raso en el interior del ala.

37 Y 38. ALBUM BORDADO.

Tiene por objeto conservar los periódicos, que pueden ser renovados de vez en cuando para tener á la mano los últimos números de modas, constituyendo las tapas dos cartones forrados de cañamazo Java, bordado á la cruz con seda grana de dos tonos. En nuestros pliegos hallarán las lectoras de EL CORREO ángulos para la cenefa, y las iniciales las ofrece el de este mismo mes. El número 38 muestra el álbum abierto con sus estuches para los lápices.

39 Y 40. CORSÉS-ANDADORES.

39. *Corsé-andadores.*—(Patron: en el pliego del 18 por el derecho, núm. VII, figs. 16 y 17.)

Este corsé se corta en cutí gris ó blanco, doble, exacto al patron, que lleva marcados con puntitos el sitio de las ballenas; por detras las espaldas van ribeteadas y abrochadas con trencillas á los hombros, que sirven de andadores y llevan tres ballenas muy delgadas. Una capa de algodón en rama termina el extremo del tirante, y para ensanchar ó estrechar el corsé están unidos los hombros con trencillas. Un cinturon con hebilla,

de 3 cents. de ancho, se cose á los lados del talle para ceñir por abajo el corsé.

40. *Cintura-andadores.*—(Patron: en el pliego del 18 por el derecho, núm. VII, figs. 18 y 19.)

Está hecho en tela igual al anterior, bastilladas las espaldas, por las que se pasan aceros muy flexibles, y se ribetean todos los bordes de cinta, uniéndolas por tres elásticos en el centró. Los tirantes, de tela doble tambien, van ribeteados y cosidos á las espaldas, terminados por elásticos que corresponden á hebillas cosidas á la misma espalda. Un cinturon como el del corsé anterior le completa.

41 á 45. Estos números corresponden á modelos ya explicados en el número anterior.

46. VESTIDO CON TÚNICA PANIERS.

Falda de seda, color de oliva, y túnica y chaleco de foulard Pompadour, el chaleco de aldeta larga, y la túnica con fleco de borlas y lazos de los dos colores del dibujo.

47 Á 49. DIBUJOS Á PUNTO DE CRUZ.

Sirven para ropa blanca ó de color, para chalecos, cenefas, ropa de niños, etc., y están hechos sin revers ni derecho con seda ó con lana fina.

JOAQUINA BALMASEDA.

RODAJA PARA SACAR CON FACILIDAD LOS PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de correos á esta Administracion, para recibirla franca de porte.



Publicamos con gusto la siguiente composicion, obra de una jóven poetisa que acaba de pisar la arena literaria, y á la que deseamos espléndida fortuna por las bellas cualidades que la adornan.

Á LA TEMPRANA MUERTE

DE LA INFANTA DE ESPAÑA

DOÑA MARIA DEL PILAR DE BORBON.

Azucena encantadora,
marchita apenas nacida,
por Dios fuiste conducida
á donde la virtud mora.
El pueblo español te llora:
todo se cubre de duelo:
tu muerte de desconsuelo
nos ha venido á llenar,
¡pero se debe llorar
porque un ángel suba al cielo!

Modelo de virtud pura,
dulce ejemplo al mundo dió;
pero el señor la llamó
á su mansion de ventura:
puede ya desde la altura
velar por su hermano amado,
de su pecho lacerado
mitigando los dolores:
¡Rey Don Alfonso, no llores,
que de tí no se ha apartado!

¡No la ves en ténue nube
volar á tu alrededor,
cercada del resplandor
que Dios concede al querube?
¡No la miras cómo sube
con sus alas de Zafir?

¡No la miras sonreír
entre tantos resplandores!
¡Rey Don Alfonso, no llores:
¡ay! quien pudiera partir!

Ángel que sólo ha sabido
conquistarse simpatía,
porque nadie la veía
sin sentirse conmovido:
hoy que á la gloria ha subido
al lado del Redentor,
goza el placer bienhechor
que da el rocío á las flores:
¡Rey Don Alfonso, no llores,
que está en un mundo mejor!

Bajó un ángel celestial
y quedó la dijo: ven....
—¿Quién eres?—Mirame bien
¿me has conocido?—¡Sí tal,
Mercedes!—La vida real
nos espera allí.—Pues vamos.
—Ven, de este mundo partamos...
—Ya te sigo.—No tardemos,
pues desde el cielo podemos
proteger á los que amamos.

A las eternas regiones
llegan las dos almas puras:
angélicas criaturas
las reciben con canciones;
á los armónicos sonos
se une su voz delicada,
al Sumo Dios elevada
para pedirle el consuelo
y la dicha en este suelo
de su familia adorada.

—Señor, dad dicha á mi esposo.
—A mis padres consolad.
—Por mis hermanas velad.
—Sed para España piadoso.
Y el Dios misericordioso
las dice:—Almas, no llorar,
que os prometo mitigar
del dolor la dura ley,
pues los ángeles del Rey
son Mercedes y Pilar.

Jóven monarca de España,
noble princesa afligida,
á vuestra hermana querida
llorais y esto no me extraña:
aguda pena se entraña
hoy en vuestro corazón,
y yo en mi pobre canción
sólo diré sin primores:
¡Dichoso el que en los dolores
encuentra resignacion!

MARIANA G.^a BARZANALLANA Y MORENO.
Madrid.

GALICIA HA MUERTO.

R. I. P.

Habia una existencia cándida como las mariposas de las selvas, como las palomas de los valles, que no pensaba mal de nadie, ni se preocupaba con las miserables grandezas del mundo, atravesando sus eriales humilde y dolorida, sin quejarse de su desventura, sonriente á la vez que mártir, como los ángeles que sonríen á Dios en el cielo.

Vivia en una tierra, de la que puede decirse con el amargado Zea:

«Aquí todo es placer, todo ventura,
árboles, fuentes, flores,
sombra, silencio, soledad, verdura,
nubes de resplandor, vientos y olores.»

Pero tambien podia exclamar sin rubor, en medio de sus pesares, con el melancólico Larrañaga:

«Para mis altos intentos
es pobre cárcel la tierra.»

Lloraba á la orilla de los magestuosos rios de la antigua Suevia, y el alba la sorprendia con sus primeras tintas brillantes, orando al pié de los cruceros, fijos los

humedecidos ojos en la sacra efígie de Jesús y María, mientras legiones de trinadoras aves alababan dulcemente al Divino Creador, volando sobre su venerable cabeza.

Al verla, de día, el sol brillaba con más bello esplendor, y de noche la luna era más melancólica. Mas ellas parecía que estaba en continua evocación de las máximas sabias, repitiendo con Cicerón:

—«Entre las esperanzas y cuidados y cuanto se ofrece de llenar en este mundo, no hay cosa como pensar que el día en que vivimos es el último, pues con eso será la hora, cuando llegare, bien recibida.» Y de este modo huérfana y mendicante, cuando por su desnudez y abandono era preguntada, por qué de morir no se inquietaba, respondía con Séneca:

—«Todos los días morimos y todos los días nos falta una parte de la vida, y mengua más cuanto más crecemos.»

La antigua Suevia vestía luto por sus sangrientas *hecatombes* de la Froseira, del Carral y otras cien; y por eso los hijos afortunados del epicureismo que la martirizan y los espíritus frívolos que en ella se divierten, mientras ella llora, no se inquietaban por sus sufrimientos.

Un día, después de largos y penosos viajes por varios países, sentóse cerca del celebrado monte Medulio, y rompió á llorar amargamente, diciendo:

—¡Héme aquí sentada sobre la misma colina de mi infancia, contemplando los lugares, para mí en otra hora tan felices, mirando el monte sagrado que recuerda una de las más gloriosas epopeyas de la *verde Erin* española!...

Fué aquí, en este mismo lugar en que ahora sentada lloro los placeres pasados, donde yo gocé de las más tiernas delicias y los más gratos instantes de mi vida.

Aquella fuente donde yo tantas veces libaba su puro cristal, ¿cómo está hoy abandonada!

¿Cómo te pagaron, oh linfa preciosa, aquellos á quienes tantas veces mitigaste la sed!

Reina de mis prados, compañera de mis risas, al fin existes abandonada.

¿Dónde están las perlas brillantes que rodaban por tus mejillas; dónde están tus aguas tan diáfanas; las lágrimas de placer que tú derramabas con tanta abundancia, cuando me veías con mis embucados cabellos negros fluctuando á merced de la brisa, jugueteando y corriendo por entre las flores, sobre el verde tapiz de las campiñas, que tú besabas tan dulcemente entre los más amorosos murmullos?

¿Dónde están, fuente querida?... ¡Ah! tú lo sentiste, tú lo lloraste, y á fuerza de llorar secáronse tus lágrimas y cesó su curso. Marchitáronse mis flores, secóse el verde tapizado de mis campos; y donde yo cogía los más sabrosos frutos, hoy sólo veo abrojos.

¡Cayó mi humilde cabaña! Fué el ludibrio de las tempestades, y hoy sólo contemplo un montón de ruinas.

Aquí, donde yo tantas veces jugueteaba; aquí donde yo pasé los más deliciosos días de mi vida, todo está mudado.

Arroyo donde yo me bañaba, donde yo debajo de la más deliciosa sombra de los castaños pasaba los más dulces momentos; tú, á quien apartaba la arena, estasiándome de verte correr placido y risueño, ¡ójeme, y si te es posible, consuela mi dolor!...

Peces, que ahora libres pasáis gozando de los más tiernos amores sin temer caer en los anzuelos que yo os armaba en el tiempo de mi infancia, ¡parad un poco vuestra carrera y consoladme en mi soledad!

Fuente que cesaste de correr por falta de cuidados de aquellos que después te poseyeron, ¡vuelve á nacer, y si no tienes aguas, yo te suministraré mis lágrimas!...

Campos donde yo me divertía; sol que me alumbrabas; luna que derramabas sobre mi frente tu dulce brillo; estrellas que guiábais mis débiles pasos; cabaña donde yo nací; vosotros que fuisteis compañeros de mi infancia y de mi inocencia, ¡consoladme, mitigad mi llanto, y si no podéis, moriré de recuerdos!

Así habló aquella venerable matrona, pareciendo que al concluir su exclamación, el eco de Jeremías repitió las palabras suyas que registran los libros santos.

«¿Quién dará agua á mi cabeza y á mis ojos fuentes de lágrimas?»

La noche entre tanto tendió su manto de viuda sobre

la tierra, y la infeliz matrona durmióse desfallecida.

Y en las principales ciudades de la antigua Suevia, no por eso se pensaba en la torturada existencia de aquella pobre mujer.

Los hijos afortunados del epicureismo y espíritus frívolos, se entregaban á las distracciones orgíacas del Bajo-Imperio, y hacían de la noche día, con el cuerpo extenuado y alcoholizado, necesitando ortopeliarse para revivir, haciendo negocios leoninos y medrando á costa de las lágrimas y privaciones de la infeliz Galicia. Las fiestas de Saturno y Baco las transfiguraban en dramas reales de sensualidad; y repetían disipaciones inmundas en vertiginoso banquete, burlándose de la *Suiza española*, atada al potro del desprecio; y sus óculos de obscenidad recordaban los días nefastos de la poligamia gentil, convirtiendo el amor puro y delicado del espíritu, en brutalidad de la carne. Gastada juventud sin sangre; corazones sin movimientos; leprosos vestidos con oriental ropaje; plagiarios de toda corrupción y burla, no se acordaban de la madre infeliz que desfallecía bajo el peso de sus penas sin límites, estasiándose con los ditirambos de sus comensales y asalariados aduladores.

Pero aún no llegara su última hora: era preciso que agotase la hiel del martirio, libando gota á gota amarga cicuta.

La infeliz matrona halla un hijo, personificación de la Galicia genuina y pensadora, y la levanta y la lleva á su modesto hogar, huyendo de los sátrapas y basiliscos de las ciudades corrompidas.

¿Eres tú mi hijo?—dice ella, apenas pudiendo hablar y besando su abrasada frente con sus helados labios.

Yo soy tu hijo y tú eres mi madre, de lo cual me enorgullezco ante el mundo civilizado.

Yo soy tu hijo, sí, heredero de los Nodales y Charinos, de los Sarmentos y Feijóos.

Yo soy tu hijo, heredero de Pardo de Cela, de Mendez Nuñez, de Faraldo, de Neira, de Aguirre y de todos los mártires que la Galicia *bastarda* y advenediza devora, y cuyas glorias y grandezas no se quieren reconocer.

¡Seas bien venido, hijo de mi alma! ¡Dios te bendiga! ¡Dios te traiga con fuerzas para resistir, para esperar y para vencer!

Y ambos vivieron como ángeles, luchando con la maldad de la Galicia neo-pagana; y vieron sus improvisados circos de fieras con horror; y sus cabalgatas carnavalescas con pesar; y no quisieron confabularse con la argucia leguleya para empobrecer y oprimir; ni con los prestidigitadores de ferro-carriles, para no hacer ni siquiera caminos vecinales; ni con los tratantes de carne humana, para estrangular; ni con los agio-garduños para espoliar; ni con los comerciantes políticos para corromper, ni con nadie que se proponga hacer fortuna explotando la credulidad de ningún gallego.

La verdadera Galicia iba con su hijo, al parecer tranquila, por las afueras de la ciudad, huyendo de las multitudes ensoberbecidas, que ávidas de gozes, se codean y estrujan en los paseos, burlándose del tipo rural, del gallego labrador, porque habla el dulce idioma de Alfonso el Sábio y de Macías el Enamorado, y se descubre á la hora de la oración y acompaña al viático compungido, y alaba á cada momento á Dios; que hace alarde de ser duelista y filósofa fuerte, con el procaz lenguaje de la impiedad.

La pobre matrona fué perdiendo el equilibrio y á veces solía zozobrar y caer, mas las gentes vanas y presuntuosas se reían de ella y no la querían levantar. Su hijo iba siempre con ella y la llevaba del brazo, para que no cayese; pero los estólicos y soberbios no le querían dar la acera, y en ocasiones la empujaban, llamándola vieja rara, vieja ordinaria, y á su hijo mal criado y loco, porque no se mezclaba con la impía multitud.

La pobre madre, sin embargo, no insultaba á nadie, y podía decir con el malogrado vate lucense, Castro Pita:

«Luz que se apaga es mi cansada vida,
llama que lanza cárdeno fulgor,
del tiempo ajada flor descolorida,
mi perfume es la dicha que pasó.»

La pobre madre, con el fuego de los poetas en el alma, no era comprendida, porque entre estólicos y soberbios, los poetas no son comprendidos, pues como dice el mismo Voltaire... «pour juger des poètes il faut

savoir sentir, il faut être avec quelques étincelles du feu qui anime ceux qu'on veut connaître.»

Su hijo vestía y desnudaba á su pobre madre, tullida, la peinaba, le cortaba las uñas y le componía y recosía la ropa y el calzado, lavándole los pies, como Jesús hizo con sus discípulos. Al vestirla todos los días le ceñía el pelo con una cinta negra de terciopelo, sonriéndole dulcemente; le ponía al cuello una medalla de la Virgen del Pilar, y luego la sentaba y le servía un frugal almuerzo; y en el resto del día cuidaba de ella del mismo modo; y antes de acostarse rezaban el rosario y pedían á Dios por vivos y muertos, por amigos y enemigos, con religiosa devoción. ¡Ay! aquel tiempo ya pasó: ¡breve tiempo; pero largo por el dolor y la angustia! Quedó sepultado en el sarcófago del olvido, mas no olvidado por el que tiene aún motivos para exclamar con Racine: *Qui changera mes yeux en deux sources delanmes pour plourer tan mal heure?*, refiriéndose á las venerandas ruinas de una ciudad famosa.

La pobre matrona cuidaba las flores de un humilde huerto de la choza, y esperaba á su hijo para comer y cenar, yendo muchas veces á esperarle al camino, apoyada en una rústica cayada. Las zagalas que en los prados cuidaban sus ganados solían pasar junto á ella y la saludaban con respeto: después repetían sus *alalás* nostálgicos, y el crepúsculo vespertino parecía sonreír con ellas lleno de agradecimiento, plegando las aves sus alas y trinando melancólicas al recogerse á sus rizados nidos. La campana de la aldea anunciaba la mística hora de la oración, y el *Angelus Domine Conceptit Marie* vibraba entónces en aquel recinto por el eco de algunas almas no contaminadas por el légamo del vicio, entre las que figuraban dignamente las de aquellos seres de privilegiado sentir.

Un día la pobre anciana conoció que se acercaba su última hora. Largos años de padecimientos, de privaciones, de insultos, de vejaciones, habían minado lentamente su existencia. Nada tenía ciertamente que agradecerle al mundo; el mundo no la comprendía, porque para comprender á las almas delicadas, es preciso tener delicadeza, saber amar y compadecer.

Su hijo harto había conocido que mujeres sin fé ni corazón despreciaban á su madre, porque era pobre, sencilla y buena; porque estaba enferma, porque parecía rústica y no pensaba mal de nadie; por no tener la amabilidad de la hipocresía. ¡Infeliz Galicia! Cuitada huri de los celtas, matrona de los romanos, envidiada de todas las naciones, jardín de las hespérides! Tu sencillez y dulce lenguaje sublevó á tus hijos espúreos y advenedizos, tanto ó más que á tus miserables detractores y espoliadores; te motejaron las mujeres saturadas de vicios, porque no bailabas la polka íntima, porque no saludabas y hablabas mintiendo; porque rezabas y orabas con entusiasmo santo, ofreciendo tus dolores á la Madre del Redentor. Tu Hijo amante quiso que fueses dueña y Señora de tus destinos; que no te vilipendiaran con electorales corrupciones; que no te esquilmaran los leguleyos y agio-garduños: Y porque pedía tu redención, fué silbado y abofeteado; fué llevado á las calvas peñas del mar, para ser ahogado entre embravecidas olas; le llamaron loco, y recibió martirios y espolios.

Galicia, madre adorada, ¡qué triste fué tu *ultimum moriens*! Recibiste al Señor contrita y también el Santo Viático; y sola con tu Hijo, en misero albergue y exánime en un jergón viejo de húmeda paja, sin auxilio humano, al asomar las primeras horas del alba de un día de otoño, besaste á tu hijo en la frente, abrazándole y languideciendo como la dalia que se deshoja al anochecer; y doblando tu cabeza venerable sobre su pecho agonizante, dijiste con voz apenas perceptible: ¡Adios meu filliño! Preto nos volveremos á ver no ceo. ¡Adios miña xoya, non chores, non! nada ten ó mundo que poida satisfacer as ansias de unha alma nacida d'ara ó amor, para ó saber é á virtude.

Desde entónces la *vía láctea* parece más oscura y triste. Cuando el *hijo del Trueno* se guió por ella para venir á Galicia y á España, donde hizo la predicación más grandiosa, permitiendo Dios que fuese sepultado en Santiago, ¡qué hermosa la vió, y cuánto la amó y oró por su porvenir, antes de entregar su alma á Dios! Hoy Galicia muerta, se hallan los restos del Santo Apóstol; hoy Galicia muerta, pero bella todavía (*Morte bella nel suo bel viso*), lámparas de luz perenne pronto brillarán en la cripta que encerraba los restos del pre-

claro, esforzado y santo batallador; pero serán luces funerarias que el Eterno ha permitido se enciendan en el cementerio donde yacen los restos de la que un día fué fuerte como Roma, sabia como Grecia; creyente siempre y siempre piadosa y humanitaria, y de la que no resta ya más que un recuerdo, una lágrima, un suspiro, que se pierden en el espacio del

más grosero indiferentismo.

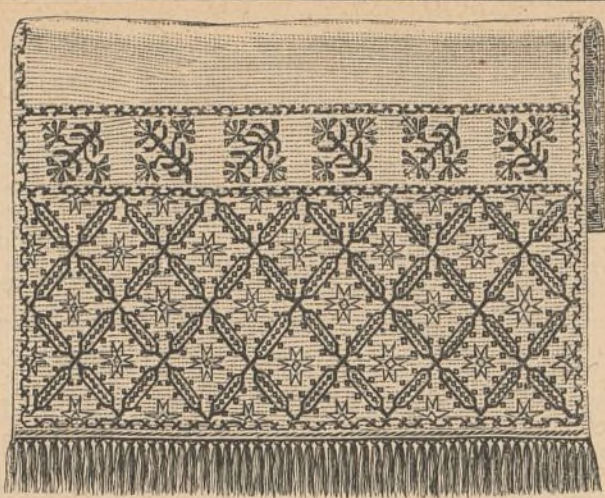
Vendrán á Santiago centenares de peregrinos, y dirán al postrar-se de hinojos ante los restos del Zebedeo: *Aquí hubo una civilización, un pueblo, una sociedad.* Y el ángel de las epopeyas les dejará oír las palabras que desde el cielo Galicia pronuncia todos los días: *¡Rogad por la antigua Suevia, y no maltrateis á los hijos dispersos que ha dejado en el mundo sin amparo y sin hogar.*

Alguna otra vez tambien repetirá el ángel de las epopeyas, las palabras del trisísimo Zea, que pronunció al predecir su muerte

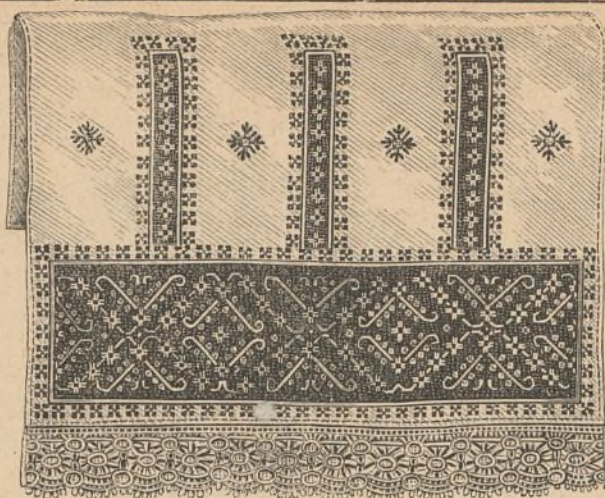
Vendrá á mi abandonada — lóbrega tumba indiferente el hombre; — quizá una mano amada — sobre mi urna olvidada, — pondrá una flor y ensalzará mi nombre.

Mucho será que tambien los que la asesinaron, no sean vándalos para quemar su tumba, dandotán al olvido sus restos, como los del Bayardo gallego (Pardiñas), del Terencio gallego (Añón), Beranger, del Terencio de Galicia, Camino, y de tantos otros guerreros, filósofos, artistas y poetas hijos de aquella infeliz madre, que pronto no se sabrá ni el sitio donde fueron sepultados.

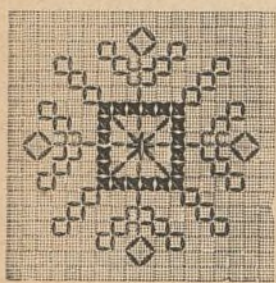
Desde que murió Galicia, aquel hijo sin calma buscó á algunos dispersos hermanos, para contarles su desventura. Ellos, los pocos é infelices galáicos que con él sintieron, no tienen descanso desde que supieron cómo falleció su madre, que era el sol de su vida y la alegría de su corazón. Buscaban para ella riquezas, honores y gloria; pero el mundo les fué ingrato y su suerte inícuca. ¡Ay! el sol de su dicha se ha ente-



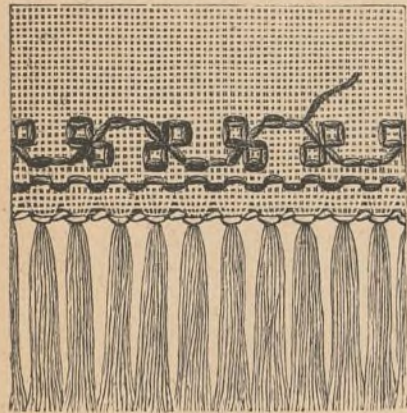
8. Cubierta para sillón. (Véanse los núms. 9 á 11.)



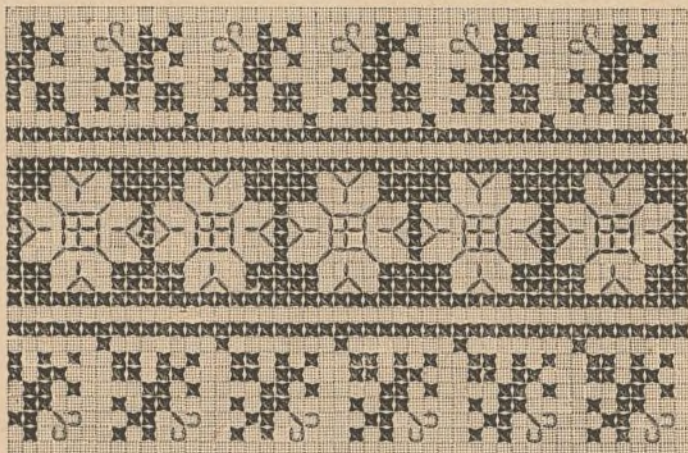
12. Cubierta para sillón. (Véanse los núms. 13 á 16.)



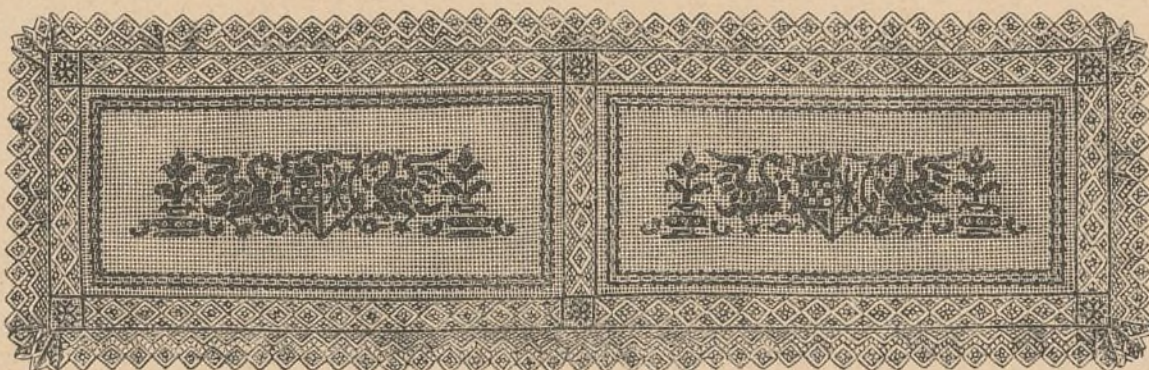
14. Estrella para la cubierta núm. 13



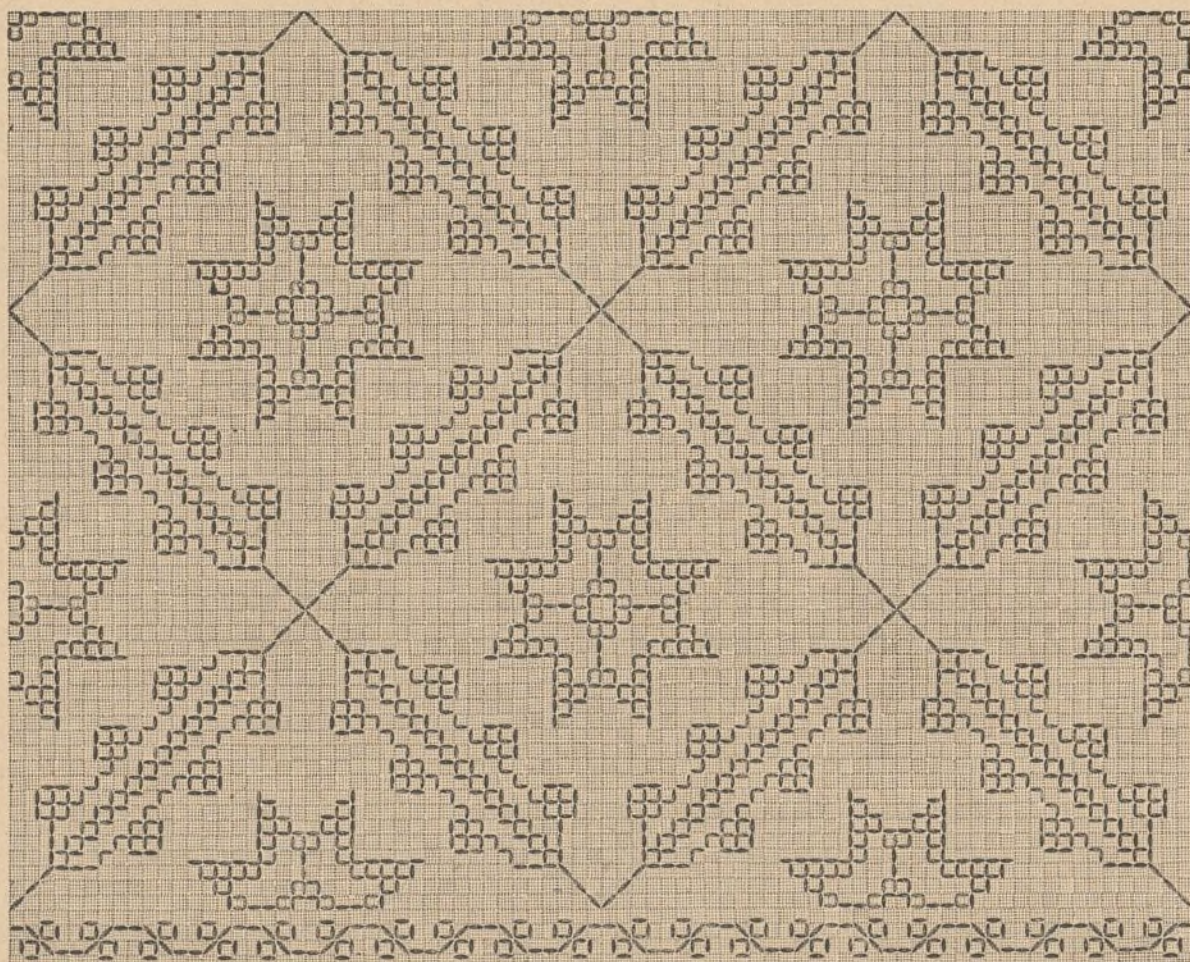
9. Fleco para la cubierta núm. 8.



13. Cenefa para la cubierta núm. 12.



17. Antimacasar para sofá.



11. Fondo y cenefa de la cubierta núm. 8

nebrecido, y la antigua Suevia es botín de innobles especuladores, sepultureros de la verdad y verdugos de la inteligencia.

A veces suelen oírse en las fuentes y plazas públicas de Madrid, Lisboa, Buenos-Aires, Méjico y Habana, por todo el poblado mundo, en fin, los infames apóstrofes de *Perro gallego, Gallego burro, Gallego ladrón*; y eso es tanto más criminal, cuanto que los insultos sobre un cadáver es agravio que no lo pueden remediar

los gallegos, que tienen el alma templada en el diapason del heroísmo más que con quejas que se pierden en la atmósfera caliginosa del indiferentismo. La tierra que corre desde Santa Tecla al Ortegal, y desde Finisterre á Peña Trevinca, está solitaria y triste desde que murió la heroína que cantara Pastor Díaz, Paadín, Puente y otros mártires de su fe; que ensalzó Rosalía de Castro, y por ella batallan

Insua, Salgado,

Barreiro y otros huérfanos en el Nuevo Mundo, sufriendo los rigores de la proscripción con elevado espíritu, como los fugitivos de Troya.

Es en vano pedir *Redención* donde hay mercados de esclavos y se sortean los hombres á peso de oro; donde es crimen ser hombre, especialmente labrador, y tener ideas nobles y generosas, y hablar en gallego y vivir cristianamente; donde hay pugilatos electorales y se rebaja (y apalea tambien) al que tiene honor y vergüenza, inspiración y génio.

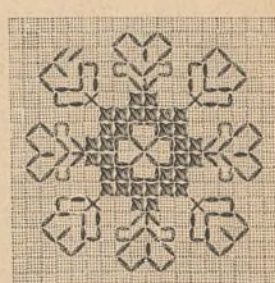
Donde provoca la risa y la burla la bondad, la benignidad, la benevolencia, la hospitalidad, la beneficencia, el amor al prójimo, la caridad cristiana.

¡Pobre mártir, Galicia!

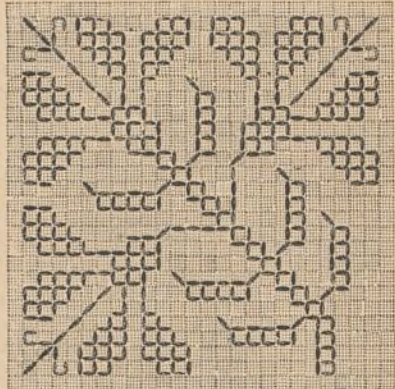
Te han hecho morir tus hijos *bastardos y advenedizos*, enterrados en el ánfora de sus contaminaciones.

Ya no existes, no, más que en el mundo de la verdad.

Has muerto sacrificada y martirizada; y aún dicen gritando como energúmenos en las calles y las plazas, los



15. Estrella para la cubierta núm. 12.



10. Dibujo para la cubierta núm. 8.



19. Vestido escotado para niña.



18. Espalda del vestido n.º 11 del Correo anterior.



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



Nº551

1372

EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Calle de la Montera, número 11, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

parricidas que te
mos á Galicia! n
que ellos salvan
huye su alma am



20. Gola y cuello
(Véase el n.



21. Puño correspondiente
al núm. 20.)

mujer idolatrada
veces mi vida, in
ba, que vivia co
hecho pedazos de
resignarme á est
Si, lo sabrá,—n
der mis obligacio
razon de Carolina

Aquel día hab
bido que Mariett
chaba á Francia (g
á mi amistad o
campesina de que
hablado), y yo in
te, loco, la segu

Describir la
que habia tenido
aquella tarde en
esposa y yo ser
posible; es de esa
que no se explica
no se pueden r
La pobre mártir
aún más triste a
días, porque si
antes de volver á
Marietta un tant
considerado, des
la ví sólo dureza
para aquella mu
signada, victim
amor apasionado
me profesaba.

Sin prevenirla



27. Puntilla

el tono imperios
que se da una ó
un criado, la di
marchaba á París
siguiente. ¿Cóm
plicar el doloroso
bro que se pin
aquel momento
semblante, el
miento impercep
de sus labios com
dar salida á algun
labras que la an
le impidió pronu
la palidez cadav
que cubrió sus f
mes angelicales? ¡
Carolina, víctim
cho por otra muj
te encontré en m
amante, tan ger
por mi gusto y l
te tu pérdida?
apreciaba la vent

parricidas que te asesinaron: «¡Somos gallegos! ¡Salvaremos á Galicia!» ¡Ah! ¡Cuánta vileza! ¡Cuánta miseria! Lo que ellos salvan es su carne, su pestífero cuerpo, de que huye su alma amedrentada.

Galicia fué; no es ya.

MORTUS EST QUID NON
RESPIRAT.

R. I. P.

DR. LOPEZ DE LA VEGA.
Madrid.

UN CAPRICHIO

novela original
POR AURORA MARÍA PEREZ ABELA.

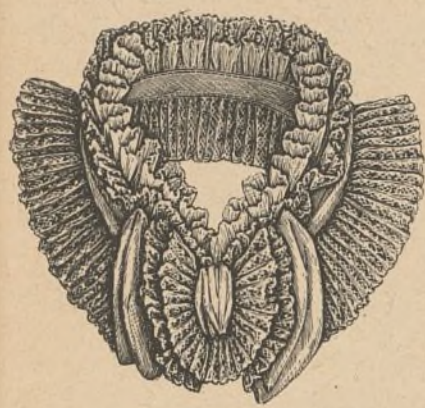
XI.

Un mes después de lo que llevo referido, á eso de las doce de la noche, me paseaba con agitación por mi aposento. Desde el día en que había visto á Marietta, mi vida se reducía á pasar las horas enfrente de su quinta, mirando al balcón, donde algunas veces la veía aparecer; pero ella nunca fijó, ni por un momento, sus ojos en mí, ni pude conseguir que observara mi asidua y constante adoración. Esto me desesperaba; aquella mujer, aquella mujer idolatrada, por cuyas miradas hubiera yo dado cien veces mi vida, ¿no había de saber jamás que yo aún la amaba, que vivía consagrado á su recuerdo y con el corazón hecho pedazos desde que perdí su amor? No, yo no podía resignarme á esto, quería que lo supiera, y lo sabría.—Si, lo sabrá,—me decía,—aunque me sea preciso desatender mis obligaciones, añadir una herida más al pobre corazón de Carolina.

Aquel día había sabido que Marietta marchaba á Francia (gracias á mi amistad con la campesina de que ya he hablado), y yo insensate, loco, la seguía.

Describir la escena que había tenido lugar aquella tarde entre mi esposa y yo sería imposible; es de esas cosas que no se explican, que no se pueden referir. La pobre mártir estaba aún más triste aquellos días, porque si yo era antes de volver á ver á Marietta un tanto más considerado, desde que la ví sólo dureza tuve para aquella mujer resignada, víctima del amor apasionado que me profesaba.

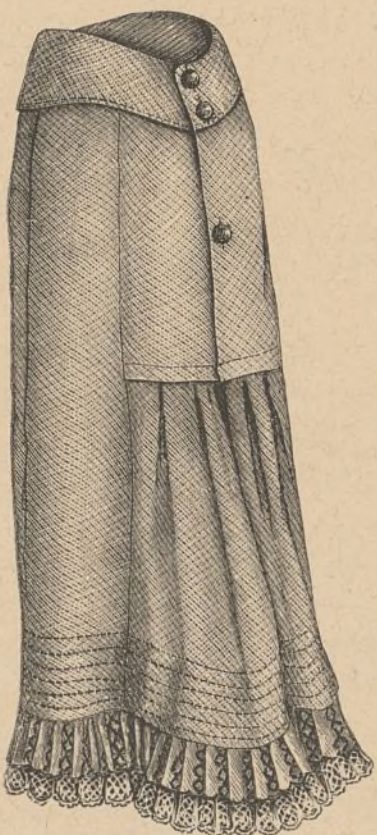
Sin prevenirla, y en



20. Gola y cuello de encaje.
(Véase el núm. 21.)



21. Puño correspondiente
al núm. 20.)



24. Enagua con cintura ancha.
(Patron: pliego del 18 por el
reves, núm. XVII, fig. 58.)



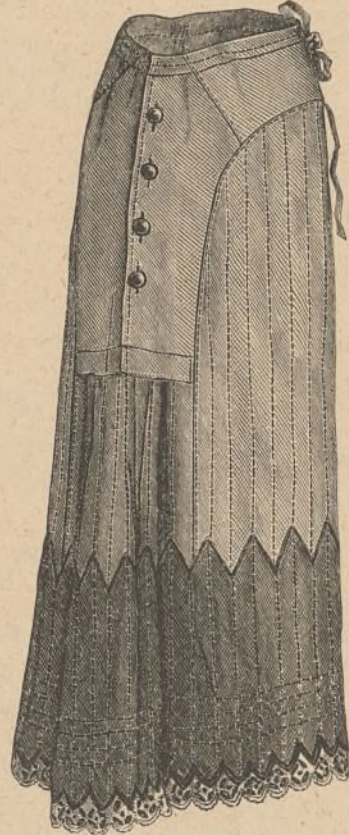
25. Cuerpo del vestido núm. 10 del Correo anterior. (Véase el núm. 46.)
(Patron: pliego del 18 por el reves, núm. VIII, figs. 22 á 30.)



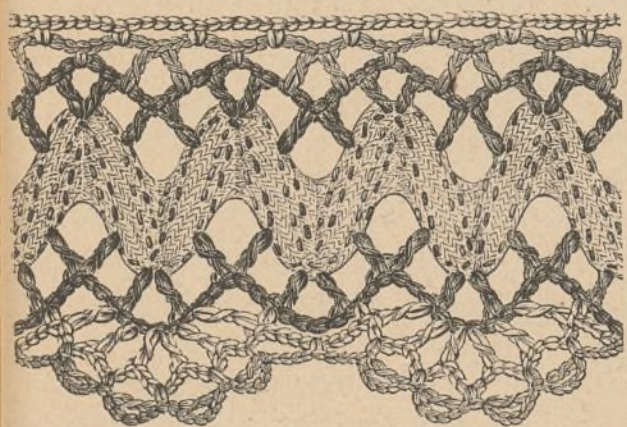
23. Cubierta de almohadon. Labor de encaje irlandés.
(Dibujo: en el pliego de labores.)



22. Gola y corbata de
encaje.



25. Enagua de color con cintura
larga (Patron: pliego del 18 por
el reves, núm. XVI, fig. 57.)

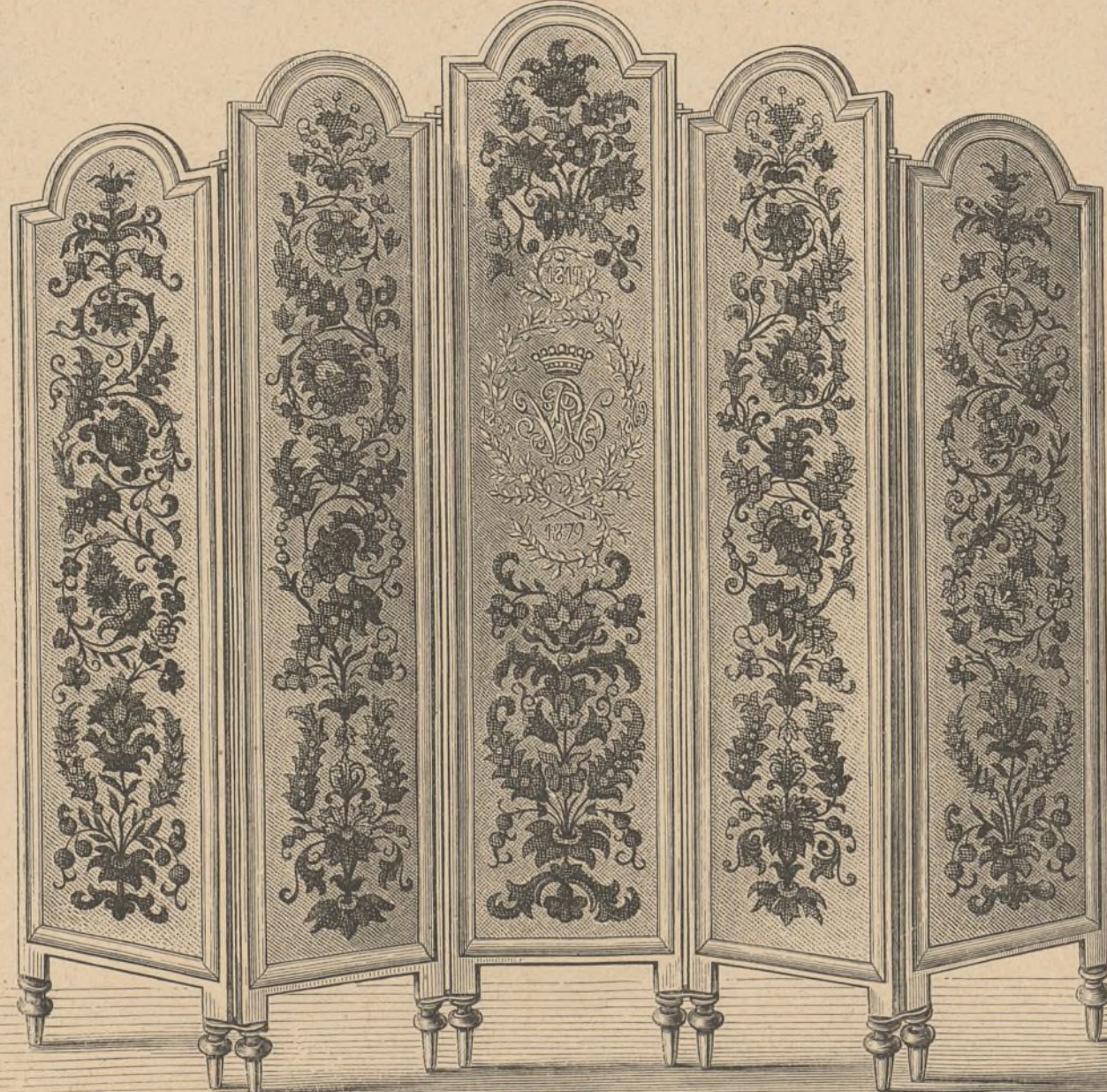


27. Puntilla de crochet y trencilla.

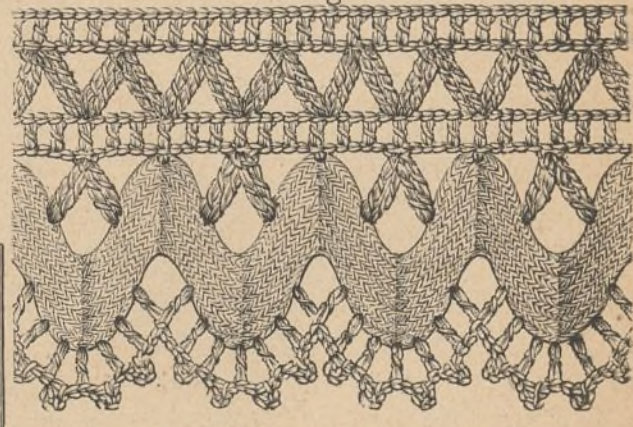
el tono imperioso con que se da una orden á un criado, la dije que marchaba á París al día siguiente. ¿Cómo explicar el doloroso asombro que se pintó en aquel momento en su semblante, el movimiento imperceptible de sus labios como para dar salida á algunas palabras que la angustia le impidió pronunciar, la palidez cadavérica que cubrió sus facciones angelicales? ¡Pobre Carolina, víctima inocente de mi capricho por otra mujer! ¿por qué, por qué te encontré en mi camino tan pura, tan amante, tan generosa, para perderte por mi gusto y luego llorar eternamente tu pérdida? ¿Porque entonces no apreciaba la ventura que me concedía el



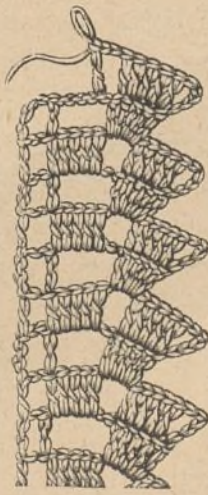
29. Puntilla de
crochet.



31. Pantalla de chimenea. Bordado en oro y punto de cruz.



28. Puntilla de crochet y trencilla.



30. Puntilla de
crochet.

cielo y corría desalentado en busca de mil decepciones que aún no había sufrido?

Impaciente porque llegara la hora de marchar, dejaba vagar mi pensamiento, y él me representaba á Marietta enamorada y murmurando á mi oído esta sola palabra: Te amo; ¿por qué no había yo de conseguir su amor? Todos los hombres del mundo los consideraba más felices que yo, todos amaban y conseguían ser amados; todos experimentaban las delicias de un amor correspondido, hasta Carolina era más feliz que yo, ella había creído durante algún tiempo que yo la amaba, ella era mi esposa, me consagraba su vida, era dichosa demostrándome su pasión, y yo... solamente yo, había arrancado de mi pobre alma todas las dulces ilusiones del primer amor, sacrificando mis alegrías y mis esperanzas, y pasaba la existencia sin poder ni aún decirle: ¡yo te amaba con todo mi corazón!

No, no pasaría la vida entera siguiéndola, encontraría en todas partes mi ardiente mirada, viviría para ella, le pintaría mi amor con la elocuencia inimitable de la pasión, y al fin conseguiría abrasar su corazón con el fuego que rebotaba el mío; la vería enamorada, y á

este pensamiento sentía latir mi corazón entusiasmado, creía ya recobrada mi dicha perdida, y exclamaba con delirio:

—¡Marietta! ¡Marietta!

Así pasé la noche; los blanquecinos reflejos de la aurora penetraban en mi habitación por el entreabierto balcón; el criado vino á llamarme y salimos.

Del primer piso bajé al patio, y andando de prisa tropecé con un corderito de algodón que poco tiempo antes había comprado á mi hija. Al ver aquel juguete pensé en ella; no había dado ni un beso de despedida á la pobre niña; volví á subir apresuradamente y atravesé las habitaciones, entrando sin hacer ruido en la de Carolina. En un ángulo de la estancia, cubierta con blancas colgaduras, estaba la cunita donde reposaba Amelia. Contemplé con pena aquel rostro de ángel sombreado por sus negras y rizadas pestañas, y experimenté un sentimiento de rencor hacia mi mujer. Si ella no existiera, —pensé,—llevaría conmigo á la niña y no sufriría la pena de separarme de su lado. No dirigí ni una sola mi-

rada á la cama de Carolina, y me dirigí precipitadamente á la estación.

Tenía aún que esperar el tren y también esperaba á Marietta; mi pena se disipó en un momento y aguardé con impaciencia.

Cuando la ví mi corazón palpitó con la misma violencia que si su presencia allí me sorprendiera; ella, siguiendo su costumbre, fingió no reparar en mí.

Luego subí á su mismo coche; al verme allí advertí en las facciones de Marietta una expresión de contrariedad que me era harto conocida, pero no me

desanimé; por esto entablé conversacion con su marido y procuré, aunque en vano, que ella me dirigiera la palabra; no lo conseguí, pero pasaba horas enteras contemplándola cuando el viejo, rendido de cansancio, se dormía sin atreverse á pronunciar una sola frase, porque ella aparentaba dormir tambien, quizá para no tropezar con mi ardiente mirada, y yo soñaba despierto con que alguna vez fijara en mí sus ojos. Nunca olvidaré aquel viaje que me hacía amarla más cuanto más virtuosa la creía, y durante el cual alimentaba tantos sueños de color de rosa.

XII.

Al fin llegué á París; mi existencia en aquella populosa ciudad se limitó á seguir á Marietta á todas partes, á ser su sombra constante, no escribía á Carolina ni á mi padre, sólo á mi administrador que me enviaba cuanto dinero necesitaba, y me daba noticias de mi pequeña Amelia: así trascurrieron cinco meses.

Durante ellos mi amada perdió á su esposo, lo que creo no le causó ningun pesar; pues trascurridos los primeros quince dias, volvió á presentarse en las reuniones y en los paseos más hermosa, con su vestido negro y un paño de melancolía que se notaba en su semblante demasiado constante, para ser verdadera.

Yo tenía más esperanza desde que Marietta era libre, ya al ménos ella no tenía un esposo á quien responder de sus acciones, y Carolina era á mis ojos un obstáculo insignificante para obtener el amor de Marietta, pues que apenas la recordaba; pero la linda viuda no se dignaba siquiera saludarme, mostrándose cada dia más esquiva, yo confiaba vencer aquel desden á fuerza de constancia; no vacilando en atribuirlo al despecho producido por mi casamiento.

Un dia, enterado de que Marietta asistía á un baile, habia logrado, despues de infinitos esfuerzos, encontrar quien me presentara allí, y volvía á mi casa lleno de esperanza (repasando en mi memoria las palabras que debia dirigirla para obtener una contestacion satisfactoria), cuando encontré una carta de mi padre; en ella me anunciaba que Carolina estaba muy enferma, rogándome fuese á devolverle la salud, ó al ménos ha hacerle ménos amarga la muerte.

—«Se muere,—decía mi padre,—se muere de tristeza, la calentura la consume, cada dia aumenta y debilita su naturaleza delicada hasta un punto imposible de calcular. ¿Qué has hecho, Luis Felipe? ¿Qué has hecho de la compañera que te destiné? ¿de tu amante esposa? ¿Dejarás morir á la madre de tu hija? No, no, es imposible. En nombre de la que te dió el sér, hijo mío, ven á sostener con tu amor la existencia de Carolina; ella se muere de pena, se consume lentamente, quizá sea ya tarde para remediar el mal, pero tal vez aún estemos á tiempo.» La carta de mi padre conmovió algun tanto mi corazon y halagó mi amor propio; mi mujer se moría de amor por mí, esto me afectaba y envanecía á un tiempo; tuve un momento de irresolucion sobre abandonar ó no á París, pero ¡cosa extraña! entónces recordé una sonrisa que habia sorprendido en paseo el dia anterior en la boca de Marietta, dirigida á un gallardo jóven, y sentí que me ahogaban los celos. No,—dije,—no, conseguiré su amor y despues volveré á mi casa, pero sin conseguirlo, nunca, nunca. Y me puse á vestirme, entonando una cancion para distraer la voz de mi conciencia. Al penetrar en el salon de baile sentí un remordimiento secreto sin poderlo evitar, se presentó á mi mente un doloroso cuadro, veía á Carolina espirante, mis suegros maldiciéndome, mi padre trémulo y abatido y la niña llorando por su madre y por mí; pero hice un esfuerzo para olvidar mi situacion y aturdirme diciéndome: esas son ponderaciones, nadie se muere de amor; y penetré en el salon buscando á Marietta con la mirada ansiosa; la encontré valsando, y el que bailaba con ella, el que se inclinaba de vez en cuando para hablarle al oído, era el mismo á quien el dia anterior habia dirigido la sonrisa causa de mis celos. Me coloqué cerca de ella y la saludé, entónces por primera vez desde que estábamos en París; Marietta detuvo un momento su mirada en mis ojos, y en sus labios se dibujó una leve sonrisa. Su acompañante me dirigió una iracunda mirada, y poco tiempo despues la condujo á su asiento. Empezaron á tocar una polka y me acerqué á ella invitándola á bailar. Mi voz temblaba y mis ojos buscaban los suyos con insistencia.

—Gracias,—me contestó,—estoy fatigada; si he descansado más tarde, complaceré á V.

Yo permanecí un momento de pié delante de ella, ¡nada decía mi ruego á su corazon? Pero el ángel de las ilusiones refrescó mi frente agitando sus vaporosas alas, y aún pensé que me amaba y temía encontrarse sola conmigo. Si me querrá, pensaba yo: su carácter alegre hacía parecer que me quería ménos, pero, ¡me lo ha jurado tantas veces! ¡hemos pasado tantos años pensando que no existíamos en el mundo más que el uno para el otro; ella tan poco impresionable llegó á amarme de todo corazon; ¡pobre niña! no es de esas que aman fácilmente y tampoco habrá podido olvidar.

Y consolado con estas reflexiones me alejé de ella para colocarme en un sitio desde donde pudiera verla.

Creía entónces que las mujeres de quienes cuesta más trabajo hacerse amar conservan más tiempo el cariño, y me engañaba; la mujer cuando es jóven y capaz de una pasion ama con facilidad, porque la necesidad de amar está encarnada en su alma cándida y apasionada.

Al mirar otra vez al sitio donde habia dejado á Marietta no la ví, en vano recorrí con la mirada ansiosa las sillas en cuyo grupo estaba ella algunos momentos ántes; no la encontré: entónces, como busca el sabio los importantes manuscritos que contienen la ciencia que ha de remitir á la posteridad, así busqué yo á Marietta, con afan y desaliento á un tiempo, por todo el salon. Mis pesquisas fuéron inútiles, ¡Dios mío! ¡qué momentos de angustia! Desesperado salí al jardin y maquinalmente me interné por las espesas calles de árboles; era una noche de otoño, en que hacía una temperatura agradabilísima; las luces del jardin ahogaban las de las estrellas; pero hacía un lado bastante retirado estaba un cenador casi oscuro, me acerqué á él, y á pesar de las tinieblas pude distinguir á Marietta sentada al lado de mi afortunado rival, de aquel hombre que era la causa de mis celos.

No podria describir la angustia que oprimió mi corazon; vivir diez años alimentando una esperanza, amar á una mujer hasta el extremo que yo amaba á Marietta, olvidarse por ella de todo, hasta de sí mismo, y encontrarla á solas con un rival y no tener derecho para entrar y anonadarlos; ¡yo que podria haber tenido sobre Marietta el sagrado derecho de un esposo, verme reducido á contener mi indignacion, disimular mi agonia y mostrarme sereno. Sentir que se desgarraba el alma y no poder exhalar una queja, es un dolor tan espantoso, que no puede comprenderlo más que el que se ha visto en análoga circunstancia.

Y que no podia quedar duda á mi corazon, que aún queria disculparla. Allí, en medio del silencio de la noche, aquella mujer se extasiaba al lado de su amante, y abandonaba el salon de baile donde yo estaba para pasar un rato á solas con él, ¿cómo habia de suponer que conservaba un átomo de cariño hacia mí? Pero hay siempre en imaginaciones como la mia una propension á ilusionarnos, una dificultad tan grande á persuadirnos de lo que nos hace sufrir; que aún conservé la creencia de que aquella mujer me habia amado, ¡como si cuando de veras se ama pudiera olvidarse tan pronto! porque su amor al otro entónces era indudable, ¿cómo, si no, explicarme su conducta?

Me alejaba ocultándome para no ser visto, cuando llegó hasta mis oídos la fresca y argentina voz de Marietta, cuyo solo recuerdo hacía latir de amor mi corazon, y maquinalmente me detuve.

—¡Nunca, nunca!—decía, como reanudando una conversacion interrumpida.

—¿De veras?—dijo él;—¡gracias Marietta! la duda me hace padecer mucho.

—¿Pero dudas de mí?—exclamó ella,—¿de mí que te amo desde niña, que he pasado la vida adorando tu recuerdo, que en vano intentaba sofocar, que he venido á París sólo por verte?

No sé qué pasó por mí, la cólera me ahogaba, mi cerebro parecia que iba á estallar, sentí impulsos de arrojarme dentro del merendero y ahogar á mi venturoso rival, cuando de repente se presentó á mi imaginacion la imagen dulce y paciente de mi mujer, y creí escuchar su voz tiernísima que me decía:

—¡Por Dios, Luis Felipe, por Dios!

Me detuve; mi Marietta no me amaba, y aquel ángel moría por mí, ¿no debia correr á su lado? ¡Pobre Carolina! Tarde hirió mi alma el desengaño; por qué

Dios castigó mis errores impidiéndome gozar la dicha de tu amor en este mundo.

Me retiré de aquel sitio apresuradamente, pero al llegar á la mitad del jardin, el abatimiento moral me quitó las fuerzas físicas y me dejé caer en un asiento retirado; permanecí algunos momentos con la cara oculta entre las manos como anonadado con el peso de mi infortunio; luégo... mis ojos se llenaron de lágrimas, y... lo confieso, lloré amargamente mi desengaño.

XIII.

Al salir de aquel baile y entrar en mi casa estaba sumido en la concentracion de mi tristeza, no sabia qué sentia ni qué hacía, el mundo me parecia una multitud de seres infames que, como Marietta, engañaban el corazon y las esperanzas unos de otros respectivamente; pensaba sin pensar, sufría sin darme cuenta de lo que me pasaba, andaba maquinalmente y al llegar á mi habitacion me dejé caer en una butaca, presa del mayor desaliento. Sentia desprecio hacia Marietta, y no podia arrancar completamente su recuerdo de mi corazon; mi amor propio despechado, mi amor burlado me irritaban contra ella, y una idea poderosa se alzaba en mi mente. ¡La venganza! Me proponia esperar el feliz momento en que el sacerdote bendijera la union dichosa de aquella mujer que habia llenado mi corazon de amargura con mi odiado rival, para clavar un puñal en el corazon de aquel hombre. ¿Qué me importaba el castigo, la prision, la muerte, si conseguia vengarme, hacerla sufrir; pero ¿acaso sufriria? no; la mujer que finje amor sin sentirlo y juega con el corazon de un hombre como ella habia jugado con el mío, no puede sufrir más que momentáneamente al perder el objeto de su amor; no puede amar verdaderamente á ninguno, y encuentra bien pronto quien sustituya en su corazon al amante perdido; y yo ¿conseguiria su amor? si no lo habia conseguido en tantos años de apasionada constancia, ¿cómo lograria hacerme amar de ella cometiendo un delito? Además, la idea de convertirme en un criminal me horrorizaba.

Hay momentos en la vida en que el exceso de dolor nos domina sumiéndonos en una especie de sopor, á veces más terrible que la desesperacion misma. ¿Cómo pintaros las impresiones que agitaron aquella noche mi pobre alma; cólera, despecho, profundo dolor, proyectos temerarios, resoluciones desesperadas, periodos de completa inmovilidad, de dolor reconcentrado que destrozaba mi corazon, ¡todo á un tiempo! y como resumen de todos mis sentimientos, un nombre aborrecido tanto como amado, fijo constantemente en mi imaginacion, en mi corazon y en mis labios.

—¡Marietta!

De improviso dejé caer la vista distraida en un objeto que brillaba en el suelo á corta distancia de mí, era el guardapelo que se habia desprendido de mi cadena; lo cogí y lo miré maquinalmente, presentándose á mis ojos el gracioso semblante de mi hija, de mi candorosa Amelia, que parecia sonreír; este retrato diminuto, esta copia de las facciones de aquel pequeño sér que tanto me amaba, obró en mí una reaccion favorable, y ocultando el rostro entre mis manos eché á llorar, lo confieso, amigos míos, lloré porque los hombres cobardes lloran cuando han causado un mal grave que no pueden evitar; el hombre fuerte que sabe dominar sus pasiones y vivir encerrado en los estrechos límites del deber, no se deja abatir fácilmente, permanece sereno y firme en medio de las tempestades que combaten su existencia; y encuentra en sí mismo la recompensa, en la propia estimacion, en el cumplimiento del deber.

Haciendo estas reflexiones dejé caer la mirada maquinalmente sobre un papel blanco que habia sobre la mesa; era una carta; la abrí y saqué una esquela doblada y que parecia escrita por una mano débil y temblorosa. Era de mi pobre Carolina.

—«Luis Felipe,—me decía,—creo que Dios se apiada de mí y me lleva á su lado, pero no quiero dejar el mundo sin despedirme de tí; yo he sido culpable en nuestra comun desgracia, me he casado contigo sin saber si podia hacerte feliz, pero te amo tanto que merezco perdon; ¡ven!... ¡ven! por Dios, quiero verte una sola vez ántes de morir; no tardes, porque no podré esperarte...»

Esta carta que expresaba la angustia inmensa de aquel martirizado corazon me conmovió profundamen-

te. Salí de la habitación recogiendo sólo lo más preciso de mi equipaje y partí á España en el primer tren.

No puedo explicar la multitud de sensaciones que agitaban mi espíritu durante aquel viaje, el dolor, el remorimiento, la ansiedad, y, sobre todo, un sentimiento nuevo, dulce y vehemente que nació en mi corazón hacia Carolina, y un afecto tiernísimo que me daba esperanza y me hacía exclamar:

—¿Quién sabe si podré todavía hacerla feliz!

Y cómo no había de amarla? comparaba á la mujer infame que había seguido al abandonar á Carolina con el dulce ángel que moría por mí, y sentía hacia mi esposa un afecto mezclado de gratitud, de admiración y de entusiasmo.

Cuando llegué al Puerto entré en un coche que me condujo hasta mi casa; al llegar á ella mi corazón detuvo sus latidos, y hubiera querido antes de entrar penetrar en su interior con la mirada.

—¿Y la señora?—pregunté trémulo y conmovido al criado que abrió la puerta.

—Muy grave,—contestó,—con acento profundamente triste.

En la antesala encontré á mi padre; el venerable anciano me hizo un recibimiento severo.

—Llegas tarde, Luis Felipe,—me dijo,—que Dios no te lo tome en cuenta.

—¿Y mi hija?—exclamé,—y antes de darle tiempo á contestarme Amelia estaba en mis brazos, exclamando con alegría:

—¡Ah! ¡mi papá! ¡mi papá!

Su abuelo la impuso silencio y yo le seguí con la niña á la habitación donde estaba Carolina.

Yo no puedo explicar la emoción que se apoderó de mí al ver á mi esposa.

Era únicamente la sombra de aquella hermosa joven que cuatro años antes había yo conducido al altar.

Estaba sentada en una butaca; vestía de blanco, su traje favorito, y parecía más bien que una mujer una visión próxima á evaporarse; sólo brillaban hermosos, como siempre, sus grandes ojos negros, aquellos ojos encantadores cuya expresión al mirarme en aquel momento quedó grabada para siempre en mi memoria. Yo no sabía qué decirle; me acerqué á ella, intentaba ponerse de pie, no podía, caí de rodillas, y exclamé abrazándola:

—¿Carolina! ¡Carolina mía!

Ella echó sus brazos alrededor de mi cuello, y parecía reunir todas sus fuerzas para estrecharme contra su corazón, porque en seguida cayó sin sentido sobre el respaldo de la butaca.

Ocho días después espiraba en mis brazos: había contraído, á consecuencia de su constante sufrimiento, una enfermedad del corazón que en vano quise atacar por medio de médicos afamados que agotaron todos los recursos de la ciencia.

Lo que yo sentía por mi esposa durante los últimos días de su vida, era un amor tan sublime, tan grande, tan profundo, que me hacía feliz al verlo correspondido, olvidándonos algunos momentos de nuestra situación.

—Carolina,—le decía yo,—¡ahora sí que te amo con todo mi corazón, con toda mi alma!

Ella me recordaba que pronto me dejaría, pero en mi delirio reía imposible perderla.

—¡No! ¡morir tú!—exclamaba,—¡no! ¡no! ¡yo no quiero que mueras tú, ángel mío! ¡Tú á quien tanto amo! ¡No, Carolina mía, es imposible! ¡Ha de haber puesto Dios en mi corazón este amor tan inmenso para arrebatarte en seguida á él! No lo creas, al contrario, vas á ser feliz, muy feliz, tú no sabes de qué modo te amo; cuando corría lejos de tí, no amaba, no sentía este afecto ardiente y suave, dulce y profundo que ahora me inspira, y me pregunto: ¿Por qué no amaba á tí? ¿por qué te he hecho sufrir tanto?

Ella parecía disfrutar una dicha celestial al escucharme.

—¿Qué me importa morir, decía, si muero á tu lado? El amor que me tienes, la felicidad que ahora me sonríe me mata; yo no he nacido para ser feliz. No te aflijas porque vaya á esperarte al cielo. No quiero vivir, porque viviendo estaría expuesta á perder otra vez tu cariño; prefiero morir siendo amada por tí.

En vano querría pintar mi desesperación. ¡Apreciar el tesoro que Dios me había concedido cuando estaba tan próximo á perderlo, amar á aquel ángel de ternura cuando ya lo reclamaba el sepulcro, no encontrar remedios en la ciencia, y querer sostener con mi amor aquella vida próxima á extinguirse, y comprender que era imposible, y tener que resignarme á verla morir lentamente, era un tormento que en vano querría describir!

Ella era feliz; veía llegar la muerte tranquila y casi alegre. ¡Pobre alma mía! Temía que la vida trajera para ella nuevos engaños; la fe le prometía una eternidad de dicha, y caminaba hacia ella contenta bajo el amparo de mi amor.

Sólo se entristecía al abrazar á su hija.

—¿Amelia de mi alma!—exclamaba—¡Pobre criatura, destinada á perder á su madre cuando recobra á su padre! ¡Dios quiera que éste te ame por los dos! Quiérete tú siempre, hija mía, tanto como yo le quiero.

Le hablaba de Dios, de la gloria donde iba á esperarla, y me suplicaba que el amor que sentía por ella lo dedicara todo á nuestra hija.

¡Pobre Carolina! ¡Dulce ángel, víctima de mi capricho! ¡Sufrir durante tantos años, gustar la felicidad para perderla en seguida, y ni una queja salió de sus labios! Cerró los ojos á la vida sonriendo, y pocos momentos antes de morir me dijo (al observar mi dolor), señalando al cielo:

—Cree y espera.

Como si la muerte de Carolina no hubiera sido bastante á castigarme, la de nuestra hija, que la siguió á los pocos meses, acabó de llenar de amargura mi corazón.

Yo soy una víctima de las pasiones, una prueba de las fatales consecuencias que trae la falta de dominio sobre sí mismo.

Mi mundo es el cementerio: allí hay dos tumbas que cubren flores y lágrimas; ellas encierran cuanto me ha sido verdaderamente querido en el mundo; en

cuanto á la mujer infortunada que tanto me hizo sufrir, sólo pido á Dios que la perdone y que me perdone á mí.

—¿Será posible—me digo ahora—que el amor vehemente, inmenso, que yo profesaba á Marietta, haya desaparecido completamente de mi corazón? ¿Puede el fuego del amor apagarse totalmente en el alma de un hombre? No, eso es imposible. Llamamos amor á cualquier sentimiento, á la pasión, á la ilusión, al deslumbramiento de la vista, al capricho; á todo se le llama amor, pero el amor verdadero deja en el fondo del corazón un recuerdo eterno. Marietta nunca había sido una compañera de mi alma, y mi alma no la necesitaba; mi amor por ella, ese amor que me trajo resultados tan fatales no era más que un capricho. ¡Imposible parece que un capricho llegue á dominar hasta ese punto el corazón de un hombre! ¡Ah, qué triste experiencia! Los únicos afectos sólidos, verdaderos y profundos son los afectos del alma, los que se cifran en el deber; los demás son pasiones que pasan, dejando impresa en nosotros su huella, y haciéndonos sufrir, al entregarnos á ellas, sin encontrar recompensa. Dejándonos llevar de las pasiones, ellas nos dominan completamente hasta el punto de no ser ya dueños de nosotros mismos. ¿Por qué dejé pasar la dicha, víctima de un capricho? ¿Por qué no aprendí á dominarme con el ejemplo santo de mi esposa? Yo no amaba verdaderamente á Marietta: su recuerdo se ha extinguido en mi corazón y en él vive el de Carolina. ¡Pobre y amante esposa mía! ¿Por qué cayó tan tarde la venda de mis ojos? ¡Carolina, Carolina, perdóname! No tengo más consuelo que la fe; si no fuera por ella, ¿qué sería de mí? Si no esperara encontrar en la otra vida á aquella mujer que me amaba tanto, ¿cómo había de soportar resignado esta triste existencia? Cuando levanto los ojos al azulado firmamento me digo:

—Hay más allá de nuestra vista, en un sitio que los mortales no alcanzamos á descubrir, una mansión de dicha y de gloria; allí me esperan dos ángeles. ¿Quiere Dios reunirme pronto con ellos?...

FIN.

Alcázar de San Juan, 24 de Diciembre de 1878.

LA UNIVERSAL.
PERFUMERIA Y PELUQUERIA
DE
D. JOSÉ ROYO

PROVEEDOR DE LA REAL CASA.

Plaza de Santa Ana, número 15, Madrid.

Magnífico surtido en peinados de alta novedad para viaje, campo y reuniones de casino; gran abundancia de objetos de perfumería de superior calidad y precios sumamente reducidos.

LA GUIRNALDA.
GRAN FABRICA DE CORSES
DE
MADAME GRAND.
Espos y Mina, 11, Madrid.

Los anuncios se reciben
en la Agencia de Publicidad de Antonio Escamez,
Tudescos, 35.

ANUNCIOS.

PRECIOS
Anuncios. 2 francos línea.
Reclamos. Precios convencionales.

MONTURAS PARA SOMBREROS.
VALVERDE, 6, SOMBRERERÍA DE KUHN,

PERFUMERIA DE PASCUAL
Arenal, 2, Madrid.

Patrocinada por la más distinguida Sociedad de la corte y provincias.

En esta acreditada perfumería es donde deben comprarse todos los artículos de perfumería fina extranjera, para asegurarse de la bondad y legitimidad de los mismos.

COMPANIA COLONIAL

Diez y ocho medallas de premio

TRES PRIMEROS PREMIOS EN FILADELFIA
CHOCOLATES, CAFÉS, TES Y BOMBONES

Depósito general: calle Mayor, 18 y 20. Sucursal: calle de la Montera, 8.—Madrid.

MÁQUINAS PARA BORDAR
32. ESPOZ Y MINA 34.

Con objeto de dar á conocer los primores que pueden hacerse con estas máquinas, se dan un mes para prueba.

DR. GARRIDO.

El enfermo que sufra sin que nadie lo pueda curar, debe consultarnos de palabra ó por escrito desde el momento en que son á millares los que en tan críticas circunstancias hemos puesto buenos. De 11 á 3 y de 7 á 9 está abierta la consulta, Luna, 6, para los de Madrid, y con los de provincias nos entendemos por escrito.

AGENCIA UNIVERSAL
DE

ANUNCIOS

fundada en 1874

DIRECTOR PROPIETARIO
ANTONIO ESCAMEZ

Es la primera y la más importante Agencia de publicidad establecida en España que recibe anuncios, comunicados y suscripciones para todos los periódicos y publicaciones de Madrid, las provincias, extranjero y Ultramar, proporcionando otros medios de anunciar con ventaja en sus precios para los anunciantes, en razón á los contratos especiales y pagos á los periódicos, los que en el último año, según datos que publicó la prensa, ascendieron á

UN MILLON DE REALES PRÓXIMAMENTE habiendo satisfecho sólo á La Correspondencia, El Imparcial y El Globo por unos 600.000 reales.

Todos los periódicos más importantes de España, como El Imparcial y otros, hicieron grandes elogios de la fundación de esta Agencia por crearla útil á los intereses del comercio, el que en su mayor parte, tanto de España como del extranjero, anuncian por conducto de esta casa, no sólo por la ventaja de sus precios, sino porque es de más comodidad para el anunciante entenderse solo con una Agencia que, además, dándole garantías, no verifica sus cobros hasta después de publicados los anuncios.

La casa cuenta con una imprenta completa, surtida de elegantes tipos, que ofrece los trabajos más delicados á precios económicos.

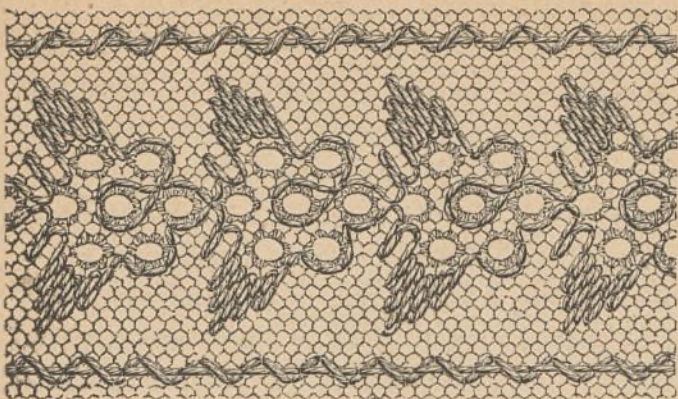
Independiente de la Sección de Publicidad, la casa se ocupa de

TODA CLASE DE COMISIONES Y ENCARGOS

y su envío á cualquier punto que se le indique, de la representación en general y de toda clase de asuntos.

Escribir con sellos para la contestación.

Tudescos, 35, Madrid.



32. Entredós bordado en

CORRESPONDENCIA.

C. B. — El adorno mejor para los delantales, son volantes todo alrededor, festonados y bordados con algodón de colores, sujetos con un bics, ó bieses que podrian sacarse de la misma tela, poniéndola del revés, esto es, del lado que forma los cuadritos blancos y negros. Esta misma combinación podria aprovecharse para los volantes.

Una madre desolada. — Comprendo su situación y la deploro vivamente. El mejor dote que pueda V. dar á sus hijas es enseñarlas un oficio honesto y lucrativo. No olvide V. aquel proverbio que dice: *si el bien huye al aproximarte tú, corre y procura alcanzarlo; si el mal te persigue, detente y déjalo pasar.*

Reconocimiento. — El mejor presente que puede V. hacer á la hermana de la caridad, que tan bien ha cuidado á su niña, es que ésta le haga unas medias á punto de aguja ó unos mitones; V. puede regalarla un crucifijo ó cualquiera otro objeto piadoso.

Germania. — Lo que ha visto es un lindo objeto que las elegantes ponen encima de un velador, y que sirve lisa y llanamente para rasarse. Tal es el refinamiento de molición á que hemos llegado en el día.

Es efectivamente una pequeña mano demarfil con mango de lo mismo.

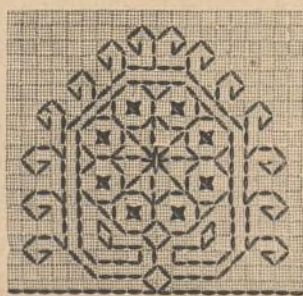
Será un caprichoso regalo para su amiga. Le

llaman los franceses *gratte-dos*.

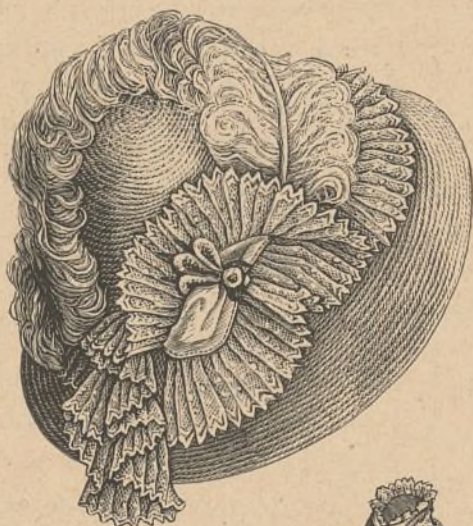
Anita. — V. misma puede hacer el agua de nogal. Basta para esto procurarse algunas hojas y hacerlas hervir en el agua. Una señora que se halla de visita no se levanta jamás para saludar á un hombre y mucho menos si es el amo de la casa. Si hay otra señora de visita, y ésta se retira, la primera se levantará si ha hablado con ella durante la conversación; si no, basta un ligero saludo.

El hombre se levanta siempre, sea quien quiera la persona que se retira.

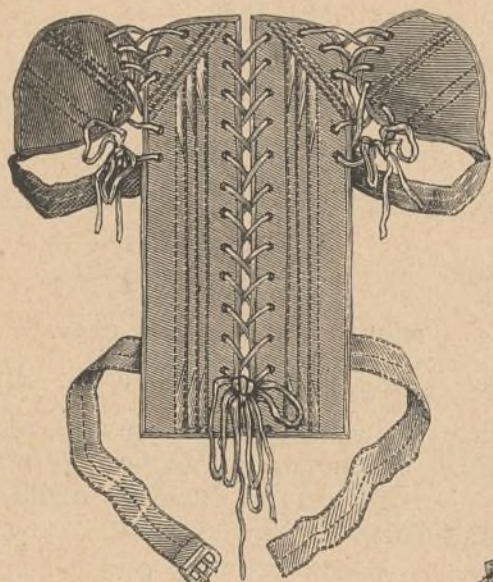
Honorina. — Los peinados de ahora son muy sencillos; si es V. joven échese V. todo el cabello atrás, recogiéndolo con un peine en la parte superior de la cabeza, dejando un ligero flequillo sobre la frente; si ya no lo es V. dispone los cabellos de delante en bandós, recogidos del mismo modo todos juntos con un peine. Por debajo se ponen los postizos que más agraden.



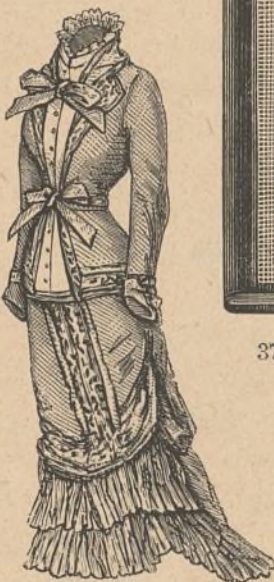
47. Dibujo para chalecos.



35. Sombrero de paja.



39. Corsé-andadores. (Patron: pliego del 18 por el derecho, núm. VI, figuras 16 y 17.)



41. Croquis del núm. 9 del CORREO anterior.



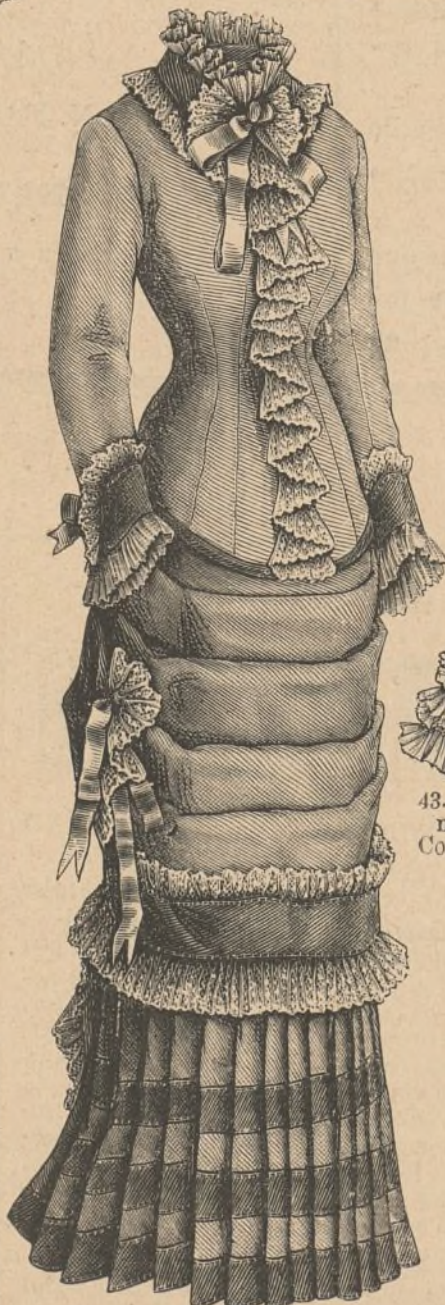
37. Album bordado. (Véase el núm. 38.)



38. Album abierto. (Véase el núm. 37.)



43. Croquis del núm. 26 del CORREO anterior.



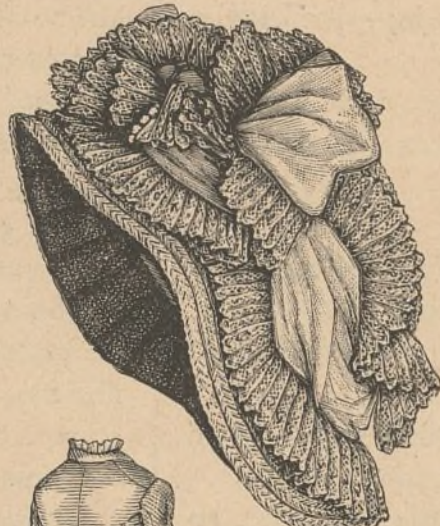
44. Vestido para campo. (Véase el núm. 42.)



45. Falda correspondiente al vestido 10 del CORREO anterior.



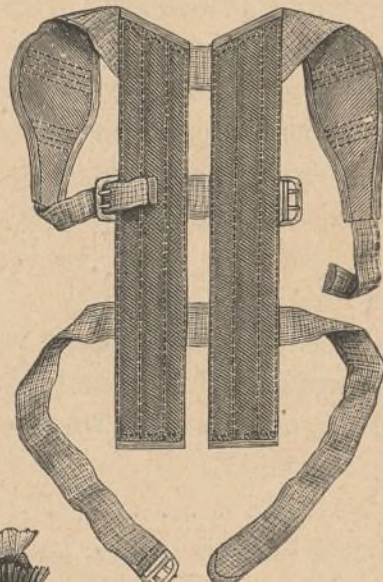
49. Dibujo para vestidos de niños.



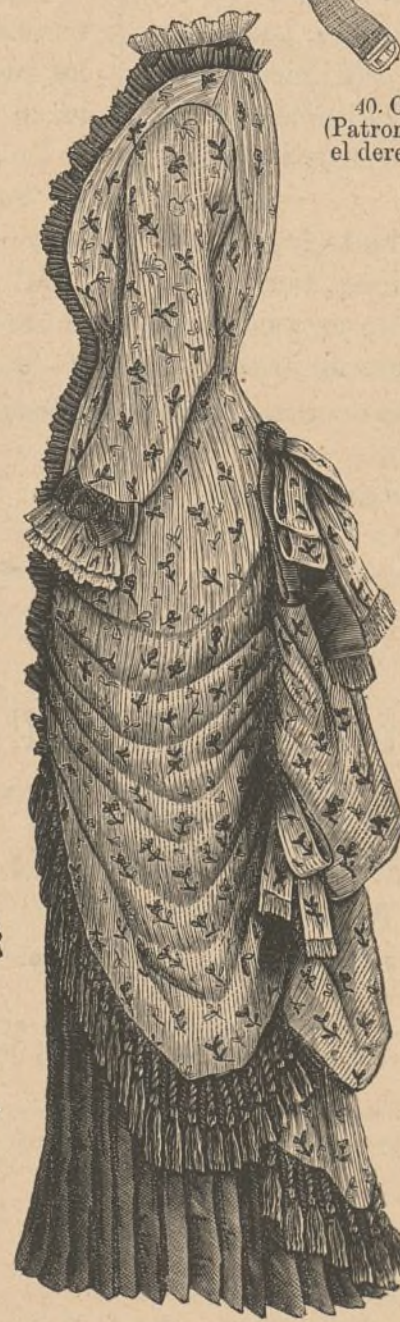
36. Sombrero de junco.



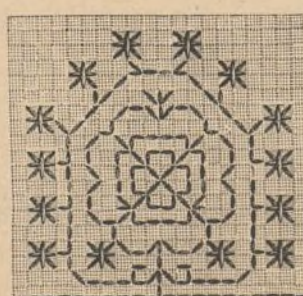
42. Croquis del núm. 1 del CORREO anterior.



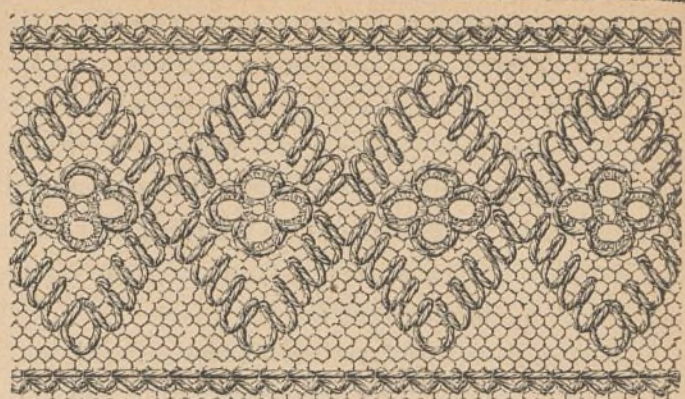
40. Corsé-andadores. (Patron: pliego del 18 por el derecho, figs. 18 y 19.)



46. Vestido con túnica panier.



48. Dibujo para chalecos.



33. Entredós bordado en tul.

EXPLICACION DEL FIGURIN 1373.

SOMBREROS DE MODA.

Sombrero ROSALINDA, para joven. — Nuestro lindísimo modelo es de paja negra y blanca ó de junco, adornado de primaveras y capullos de amapola y forrado de seda azul. Una cinta azul, después de haber formado una lazada doble en la parte de atrás figura bridas anudadas por debajo del pelo, que descienden sobre la espalda.

Sombrero para campo y playa. — Este sombrero tiene un sello especial de originalidad y buen gusto; es de paja negra, adornado con gasa negra pekin, que forma las bridas. Toquilla de encaje blanco breton sosteniendo el ala de un ave de plumaje oscuro en el costado.

Sombrero FAVART, Directorio moderado. — Está destinado á visitas, reuniones de día, casino, conciertos, etc., haciéndose de paja de Italia, circuido de dos coronas, una de rosas rubi y otra de rosas té, con follaje y bridas de terciopelo negro.

Sombrero DAGMAR, para señora casada. — Encajes negros con adornos de azabache, pensamientos y acacias amarillas constituyen el adorno de este sombrero, que se completa con bridas de encaje.

Sombrero para teatro ó para visitas de boda. —

Es de paja de arroz adornado con una magnífica pluma blanca que rodea todo el sombrero, sujeto el pie en un costado por un grupo de granadas. La pasa va forrada de raso pekin ó gro de Mesina granate bullonado. Bidas granate orilladas con plis-

sés de encaje blanco.

La Ilustración de los niños acaba de publicar y puesto á la venta en casa del editor D. José Noví y Pereda, Fuencarral, 3, principal, y librería de D. Fernando Fe, una exactísima copia del notable dibujo de las 17 cabezas, hecho en un sitio especial de los Jardines del Buen Retiro.

OBRAS

DE DOÑA ÁNGELA GRASSI que se hallan de venta en la administración de «El Correo de la Moda.»

Las riquezas del alma, obra premiada por la Academia española. Dos tomos, 9 rs. — *La gota de agua*, obra premiada por aclamación en el concurso Jesus Rodriguez Cao. Un tomo, 4 rs. — *El*

que no siempre no coge, novela de costumbres, 5 rs. — *Poetas*, un tomo, 5 rs. — *El copo de nieve*, 9 rs.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª Edición recibirán el FIGURIN ILUMINADO 1373.

Editor-proprietario, Carlos Grassi.

Tip. de G. Estrada, Doctor Fourquet, 7.

Administración: Montera, 11, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid